

Acuérdate de la palabra que me diste, con la que alentaste mi esperanza.

(Salmo 119, 49)

Gilberto Urrutia

En las sociedades de los países occidentales y desde hace ya varias décadas, se ha estado haciendo cada vez más dominante y popular, una irreflexiva opinión que da por sentado, que la palabra Dios es un vocablo vacío, sin ningún contenido útil y verdadero para el hombre y la mujer modernos.

Esa gente temeraria afirma, que con los avances de la ciencia y la tecnología, el desarrollo económico y las nuevas necesidades, los mensajes de la Biblia han perdido su vigencia para este siglo, porque fueron escritos hace miles de años, en una época muy diferente y para pueblos con costumbres antiguas que están en desuso.

Pero resulta, que las personas que así piensan, no saben todavía lo equivocadas y desorientadas que están, ya que se han olvidado del elemento más importante, justamente de ahí donde está el detalle.

Éstas personas porfiadas se olvidan, que ellos tienen un espíritu dentro de su cuerpo.

Todo lo que es espíritu y es invisible **no** cambia, porque es eterno, y es además la esencia y fuerza de la vida.

Todo lo material y perceptible **si** cambia, particularmente el aspecto exterior de las personas y las cosas, que es lo que se manifiesta y se muestra a la vista.

Lo que cambia son las apariencias que vemos, las cuales no son más que la representación material de esa realidad espiritual, que es inaccesible a nuestros sentidos corporales.

El alma humana, sus pasiones y virtudes fueron, son y seguirán siendo las mismas por los siglos de los siglos.

Cada ser humano que existió hace miles de años y los que existimos ahora tenemos exactamente el mismo núcleo espiritual, la misma interioridad y las mismas cualidades y defectos.

Para refrescar la memoria de aquellos que no están tan convencidos de ello todavía, paso a nombrar algunas de las facultades espirituales del alma:

Eternidad, conciencia, amor, odio, voluntad, estimación, discernimiento, desprecio, humildad, orgullo, generosidad, culpa, bajeza, el deseo, los celos, la esperanza, la fe, remordimiento, el valor, la cobardía, alegría, tristeza, satisfacción, arrepentimiento, simpatía, agradecimiento, indignación, la ira, la gloria, la vergüenza, la añoranza, el hastío, la grandeza, la admiración, etc.

Cómo bien podrán constatar, son éstas las cualidades que nos diferencian de los animales.

Por tener el alma, es que sentimos y experimentamos que somos seres eternos e intuimos que existe Dios, el Creador y Señor del universo.

A éste respecto, algún agudo observador caracterizó al ser humano, si bien de una manera algo simplona pero sumamente acertada, como: un animal religioso.

Podríamos decir, que la Palabra de Dios fué primordialmente escrita para el alma humana como tal, por eso el Señor Jesucristo refiriéndose a nuestra dimensión espiritual, afirma en el evangelio de San Mateo 4, 4: « **El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.**»

Jesúcristo hablando en forma figurada nos recuerda claramente, que para vivir una vida humana plena y en conformidad con nuestra condición de seres espirituales, también necesitamos el alimento espiritual, que es la Palabra de Dios.

Si tú en lo profundo de tu alma, sientes o intuyes un vacío espiritual, o bien estas pasando por una crisis existencial, o mejor todavía, si eres una de esas personas que forma(ba) parte de ese grupo de escépticos que piensan que la Biblia es “un libro más de historia”; te aseguro, que las Sagradas Escrituras son un innagotable tesoro de promesas y consejos de Dios, para ese ser espiritual y eterno que tú eres.

Concluyo con una reflexión del gran predicador inglés Charles H. Spurgeon, en la cual me inspirado para redactar éste escrito:

Cualquier sea tu particular necesidad, puedes hallar, en seguida, en la Biblia, alguna promesa apropiada a ella. Estás abatido y deprimido porque tu senda es áspera y tú te hallas cansado? Aquí está la promesa. *„El da esfuerzo al cansado“*. Estás buscando a Cristo y ansías tener comunión más íntima con él? Esta es la promesa que resplandece sobre ti como una estrella: *„Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia, porque ellos serán hartos“*. Lleva continuamente al trono celestial esta promesa; no ruegues por ninguna otra cosa, preséntate a Dios una y otra vez así: *„Señor, tú lo has dicho; haz conforme a tu promesa“*.

Estás acongojado por el pecado y cargado con la pesada carga de tus iniquidades? Presta atención a estas palabras: *„Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí; y no me acordaré de tus pecados“*. No tienes méritos propios que invocar para tu perdón; pero, en cambio, puedes invocar su pacto y él lo cumplirá. Temes no ser capaz de proseguir hasta el fin, o que, después de haberte creído hijo de Dios, seas reprobado? Si pasas por tal situación, lleva la siguiente promesa al trono de la gracia: *„Los montes se moverán, y los collados temblarán, más no se apartará de ti mi misericordia“*.

Si has perdido la dulce sensación de la presencia del Salvador, y lo estás buscando con afligido corazón, recuerda esta promesa: *„Tornaos a mí y yo me tornaré a vosotros“*. *„Por un pequeño momento te dejé; más te recogeré con grandes misericordias“*.

Delítate en la fe que tienes en la palabra misma de Dios, y acude al Banco de la Fe con el pagaré de tu Padre Celestial, y dí: *„Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar“*.